

V9
/

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petrera
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXII

FEBRERO DE 1934

SERIE II, N° 151

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Información bibliográfica

EL ESTADO CONTRA LA NACION.

por *Emilio A. Coni*.

Editorial: *Espasa-Calpe, S. A.*, Madrid, 1933.

El Estado contra la Nación, último libro de Emilio A. Coni, es un pequeño y jugoso volumen constituido por cuatro conferencias que éste debió pronunciar en la República Oriental del Uruguay y un apéndice compuesto de dos artículos y una carta. Todo en 201 páginas impresas con la característica corrección que estila Espasa-Calpe en sus trabajos.

La primera se titula "La regulación oficial de precios desde la antigüedad hasta nuestros días" y su tesis se reduce a demostrar lo ingobernable de los precios; atacar la "economía dirigida" y preconizar la vuelta al "sistema de la libertad".

El capítulo siguiente es ya mucho más interesante. En él luce el autor la combatividad de su espíritu, la indudable fuerza de penetración de sus argumentos, jugados con lógica rigurosa, dentro de su concepción particular del fenómeno, y arrojados al lector con una vehemencia, con un ímpetu verdaderamente geniales.

Se llama "Crítica del capitalismo" y consiste en su defensa airada y fuerte. Se inicia admitiendo la existencia del móvil hedónico como fuerza vital del sistema y señalando la aparición de él, aún entre las fuerzas socialistas, que pretenden sustituirlo por otros aparentemente más humanitarios.

Continúa con la defensa del maquinismo, realizada con acierto y justeza doctrinaria, salvo alguna expresión de detalle referida generalmente al Estado, los impuestos o la política.

Hace en la página 66 una afirmación categórica que no debe quedar sin réplica: "estoy firmemente convencido — dice — que jamás la Humanidad encontrará otro sistema mejor que el capitalismo, por una poderosa y sencillísima razón, porque es un sistema natural y los otros artificiales".

Lo más que puede admitirse en este sentido es que, fruto de la evolución humana, es lo mejor, juzgado a través de su eficacia, que hemos conocido hasta ahora. Es natural porque lo han impuesto los hechos y las circunstancias, como también fueron lógicos en sus respectivos momentos históricos los sistemas que le precedieron en la sucesión cronológica y lo será el que lo suceda. Nada ha habido nunca permanente. No escapan al mismo autor algunos de sus de-

fectos y señala agudamente muchas de las causas que impiden su desenvolvimiento libre. Unos y otros irán produciendo nuevas razones de hecho capaces de transformarlo en algo mejor, que tal ha sido siempre el devenir de la Historia.

Esta misma y zarandeada economía dirigida que ha aparecido con grande escándalo doctrinario es un hecho de una importancia excepcional, que conformado a los motivos que le han dado nacimiento va creando un nuevo ambiente económico, cuyas leyes aún no conocemos y cuya trascendencia quizá sea menos maligna que la anunciada por los teóricos. Por de pronto, y entre otras cosas, ha servido para la revalorización de las ideas que aceptábamos como verdades indiscutibles, en materia monetaria, incorporando a la práctica nuevos procedimientos, imperfectos por recientes y por tímidos, y a la doctrina correctivos de su anterior rigidez dogmática e incompleta.

Termina el capítulo con una diatriba contra los políticos — que trataremos al recordar el capítulo siguiente — y dos excelentes alegatos, uno contra “la pretensión del consumidor de gobernar la producción y el otro en favor del intermediario, como elemento útil en el proceso circulatorio.

La tercera conferencia se titula “La política, el Estado y la Nación” y en ella no luce el autor ni su agudeza de observador, ni su fuerza lógica. Queda de su lectura la impresión de que su tesis ha sido vertida al papel antes de su elaboración definitiva o de que el sociólogo y el economista, llevado por el ánimo polémico que inspira todo el libro se ha empeñado en no ver algunos fenómenos que son realidades tan tangibles y quizá más apremiantes que las que señala en el campo meramente económico.

Podemos resumir sus ideas en el siguiente esquema:

a) Estado y políticos son la misma cosa y no trasuntan los propósitos de las minorías selectas.

b) Los políticos adulan a las masas basados en el sufragio universal, que da el gobierno a los más, que es como decir a los miembros inferiores de la sociedad.

c) Los políticos se dejan llevar del sentimentalismo prescindiendo del juicio científico y su cruda verdad.

d) El impuesto es la traba mayor puesta a la industria y es atacado a través del libro con una vehemencia desconsiderada.

e) Por último el intervencionismo estatal y la actividad industrial y comercial del Estado que considera altamente perniciosos.

Los tres primeros puntos del esquema son quizás, el fruto de la especialización del autor y por consiguiente, de su afán de ver todas las cosas a través de la teoría y la práctica económica.

Quizá en este mismo hecho encontremos un argumento en favor del sufragio universal. El autor es, evidentemente, un miembro de la minoría selecta, y dentro de ella del grupo de los economistas y se esfuerza por verlo todo a través de esta particular posición suya, que obscurece notablemente su juicio cuanto se aparta del terreno puramente de su especialidad. Lo mismo ocurrirá con

todos los miembros del conjunto privilegiado ya que no es raro, sino ordinariamente lo más común, que un comerciante afortunadísimo en su actividad, capaz de la mayor penetración y agilidad mental en cuanto respecta a la función que llena, sea incapaz de sostener medianamente una conversación trivial sobre un tema cualquiera; o que un médico ignore lo más elemental en materia de asuntos públicos o que un artista carezca de la formalidad suficiente para escuchar una conferencia sobre temas de interés general.

Es que nunca el técnico o el especializado es capaz de una visión general de las cosas siendo precisamente el político el encargado de conjugar los esfuerzos de todos para que el Estado realice sus fines propios, que no son puramente místicos, como dice el autor, sino muy reales y muy tangibles desde que se manifiestan principalmente removiendo los obstáculos que se presentan a determinados sectores de la población y realizando los servicios públicos de inconveniente o imposible ejecución privada.

El sufragio determina la manera como han de realizarse estos fines contemplando la mayor suma de intereses posible y no debe olvidarse que el mismo capitalismo que ha contribuido con tan buen éxito al progreso humano, como lo demuestra el autor, es un fruto de la era liberal y democrática; nada más que uno de sus frutos.

Siempre la que gobierna es una minoría inteligente, pero interpretando a una mayoría, que no razona mucho, pero siente y determina, por propia gravitación, con voto o sin voto, la fisonomía de una nación y su capacidad de mejoramiento.

Tan es así, que en el capítulo cuarto y último de la obra el ingeniero Emilio A. Coni se revela un consumado político, sentimental y todo... (Esto último cuando se refiere al Uruguay y la ayuda que debe prestarle la Argentina).

Reconoce los hechos y ellos lo llevan, apesar de su no desmentido liberalismo, a admitir que ahora, dado el cariz que ha tomado la política mundial, debemos prescindir de la colaboración externa y enrolarnos en las filas del nacionalismo económico. Corrige a través de todo el capítulo las exageraciones a que fué conducido por su natural vehemencia y la pasión puesta en el tema; admite lo relativo de la denominación "economía libre" y que el individuo (cuyo voto universal era peligroso) "con su resistencia pasiva mandará al diablo todos los programas o les pondrá en práctica si los cree convenientes a su interés propio. No siendo así, los grandes programas quedarán reducidos a simples mitos". (146).

Aboga por la economía planeada, que deja librada, con su criterio de aplicación, a los hombres de gobierno, vale decir, a los políticos.

Tiene páginas inspiradas sobre la necesidad de fomentar "el intercambio de servicios" única fuente de prosperidad y de riqueza existente.

Termina el capítulo dentro del mismo tono liberal que informa la obra de Coni.

Con respecto a los puntos *d* y *e* del esquema que hicimos, el *d* queda suavizado a través de este capítulo donde se admite la necesidad de renta por el Estado y hasta se explica con precisión la forma de aumentarla y si algo habría que agregar es que casi siempre, el impuesto, por injusto que sea su cobro, favorece algún sector de la población o de la industria de manera que los problemas que crea son más bien de desplazamiento de beneficios que de destrucción total.

El punto *e* es generalmente admitido por todos los economistas y financistas.

Hay un apéndice que añade poca cosa a la obra, desde el punto puramente científico. Desde el polémico o el literario es realmente eficaz.

Sintetizando podemos decir que es un libro valiente y claro, de lucha, escrito con la prosa limpia y fuerte que caracteriza al ingeniero Emilio A. Coni e informado de ese ánimo polémico, tan suyo, que pone interés en cuanto produce y lo hace de lectura apasionante aún por quienes no profesan sus ideas. Hay en él, ya lo dijimos una vehemencia y un ímpetu verdaderamente geniales. Agreguemos que la asociación entre su expresión siempre franca y sencilla y la pasión puesta ha logrado algunas páginas de real belleza literaria.

J. J. G.